

castigarle sin punicion pública. Siguen despues los agravios de violencia y crueldad. El cortesano calumnió á Colon hasta el extremo, para elogiar mejor la clemencia del rey Fernando quien, supone, que le concedió mercedes y trató con favor.

Procura despues Navarrete juzgar á Colon bajo el punto de vista de la filosofia de la historia, y opina que «sus defectos fueron peculiares de la fragilidad humana, y probablemente de la educacion recibida, de la carrera que abrazó y del país que le dió cuna, país en que el tráfico y los negocios formaban la principal rama de la riqueza así particular como pública.» No cree Navarrete, por decirlo así, disminuir la gloria de Colon «como autor del descubrimiento del Nuevo Mundo,» y se apoya en ejemplos: «Alejandro, dominado por la ira y despues por la supersticion; Alcibiades, lleno de cualidades admirables y de vicios infames; César, uniendo á cualidades eminentes una ambicion desmedida, etc., no aparecen por esto bajo las plumas de Plutarco y de Cornelio Nepote, como hombres ménos dignos de la admiracion de todos los siglos (1).» ¡De esta manera es considerado el discipulo de Jesucristo! ¡creen honrarle mucho comparándole con los grandes hombres del paganismo!

Antes que estuvieran completamente impresas las apasionadas elucubraciones de Navarrete, pudo tener noticia de ellas Washington Irving, que se hallaba en España. Aunque era protestante, y por lo mismo ménos concedor que Spotorno y Navarrete de los sentimientos que animaban á Colon, concibió, no obstante, de este grande hombre una idea más elevada y más justa. Su rectitud de ánimo y sus investigaciones bibliográficas, le pusieron de manifiesto á su vista el miopismo y la parcialidad de esos dos coleccionistas de materiales históricos. Sujeto hasta cierto punto á sus influencias, y no atreviéndose á ponerse en abierta oposicion con Navarrete, no admitió sin embargo sino parte de sus acusaciones que procuró mitigar, ni aventuró las interpretaciones de Spotorno, sino con cierta vacilacion muy parecida á la repugnancia, lo cual le acarreó el odio de éste último.

Léjos de perdonar á medida que envejecia el padre Spotorno, profundamente irritado siempre contra Fernando Colon, y haciendo alarde de una conjetura de bastardía tan ávidamente recogida por Navarrete, la repite con pueril ostentacion. Se envanece jactanciosamente de su supuesto descubrimiento, mientras que el vergonzoso mérito de ese error pertenece por derecho propio á Napione. En las notas puestas á la edicion genovesa de Washington Irving, el padre Spotorno, el verdadero inspirador de las notas anónimas, dirige al autor americano un reproche por su timidez, atribuyéndola á no haber leído su obra acerca del origen y patria de Cristóbal Colon. Examina otra vez lo que dijo ya en la obra *Della Origine*, en

(1) Navarrete. *Coleccion de los Viajes y Descubrimientos que hicieron, etc.*, tom. I, introduccion, § 57.

el *Codice Colombo Americano*, en la *Historia literaria*. No satisfecho con repetirnos otra vez lo que tenia ya dicho, añade por via de induccion nuevas equivocaciones á sus errores precedentes y acaba de probar cuán falto está de conocimientos respecto de Cristóbal Colon.

Júzguese de ello por un solo ejemplo:

Habiéndose equivocado Spotorno acerca de algunas palabras de Pedro Mártir, respecto de un indio de las islas Lucayas, bautizado en España, que tuvo por padrino á don Diego Colon, hermano del Almirante, y por esto llamado «Diego,» segun la costumbre cristiana, confunde á ese lucayo, que servia de intérprete al Almirante, con su mismo padrino don Diego, hermano del Almirante; y nos habla formalmente del matrimonio del genoves don Diego Colon con una india de Haiti, mientras que fué el intérprete lucayo Diego, quien se casó con élla. Pero esto no pasa de ser un error de persona, de situacion, una grosera inverosimilitud; así que, lo verdaderamente imperdonable es que por este dato impertinente se atreva Spotorno á formular una acusacion contra el carácter de Colon. Asegura que retiró á su jóven hermano Diego del oficio de cardador de lana, cuyo aprendizaje hacia, para ejercitarle en la navegacion; pero que, avergonzándose de él, por espacio de algun tiempo, mientras le tenia á su lado, «no quiso presentarle como hermano suyo, y le hacia pasar por su criado (1).»

Opina Spotorno que Beatriz Enriquez no era noble; que debia ser muy pobre; y que los remordimientos de Colon, y su temor de descubrir la causa de ellos, prueban manifiestamente que, efecto su union con Beatriz Enriquez de la fragilidad humana, no se hallaba cimentada en un lazo legítimo.

La insistencia de Spotorno, el tono de seguridad de su afirmacion, y sobre todo la falta de contradictores, engañaron á sus conciudadanos. Léjos de ser combatidas se reprodujeron con afan sus acusaciones, y el autor de la calumnia fué tenido por un oráculo en Génova y en toda la Liguria. Reconocemos francamente que Spotorno se habia entregado á pacientes investigaciones, y que en la discusion acerca del origen de Colon, habia dado pruebas de patriotismo; pero, fuera de esta cuestion puramente local, no comprendió nada de la obra del Descubrimiento. Tampoco conoció más á este héroe de lo que conoció á su hijo don Fernando, y no tuvo la menor idea del carácter de este historiador, como no la tuvo tampoco de la condicion de su madre, segun vamos á verlo. Y sin embargo en Italia no se cita á Spotorno con respeto, sino con deferencia, y su opinion es de gran peso. Entre sus compatriotas pasa por restaurador de la gloria de Colon, siendo no obstante el peor de sus detractores.

(1) «Per alcun tempo non volle annunziarlo per fratello, e lo facea credere un suo familiare.» — Spotorno, *Della origine e della patria di Cristoforo Colombo*, lib. II, pág. 180.

Los ligurios le conceden tal crédito, que han repetido candorosamente su acusacion, á pesar de su ardiente admiracion hacia el hombre que inmortaliza su capital.

En la bella publicacion de los *LIGURIOS ILUSTRES*, dominado el abate Gavotti por la noticia acerca de Cristóbal Colon, le presenta como el héroe de la gloria, y comienza con estas palabras que dan la medida de su extravío: «El hombre ha sido ya definido el animal de la gloria. Esta noble pasion, gérmen de las acciones inmortales, es particularmente la de los genios superiores... Pocos hombres tuvieron tantos títulos á la gloria como Cristóbal Colon, que fué su campeón y su víctima (1).» Y el bueno del abate nos lo muestra desde la escuela primaria, estimulado por la gloria; más adelante en un buque, aguijoneado por la gloria; finalmente, por amor á la gloria, y el deseo de atraer sobre si las miradas, intentando su gloriosa empresa.

El profesor Ángel Sanguinetti, imbuido por Spotorno, en su compendio de la vida de Cristóbal Colon (2), renueva los citados errores tocante á las relaciones amorosas de nuestro héroe con Beatriz Enríquez. Spotorno le ha inoculado su animosidad contra Fernando Colon, á quien acusa de haber envuelto en oscuridad el origen de su padre. Participando de sus prevenciones el abogado Juan Bautista Belloro, archivero del antiguo Oficio de San Jorge, se atreve á acusar á Colon de *haber sabido mentir á veces* en provecho propio (3). La consideracion que muestran generalmente á Spotorno todos los escritores de la Liguria (aparte de sus disidencias acerca de la cuestion de origen), la crédula repeticion de sus llanezas, las mútuas atenciones que se guardan respecto á sus reciprocos errores, no habrian sin embargo tenido consecuencias, si Navarrete no se hubiese apoderado con malvada alegría de la denuncia de Spotorno acerca de los supuestos amores de Colon en Córdoba. Ni siquiera habria tenido esta acusacion ningun eco perjudicial, falta como estaba de fundamento, sin el crédito que quiso concederle el ilustre Humboldt, amparando con su nombre los yerros de Navarrete.

Después de la historia de Washington Irving, la obra que trata más expresa y extensamente de Colon, es de seguro la que publicó el señor de Humboldt, bajo el título: *EXÁMEN CRÍTICO DE LA HISTORIA DE LA GEOGRAFÍA DEL NUEVO CONTINENTE*. Estas dos obras componen, pues, únicamente el fondo de la ciencia y de la historia relativamente al descubrimiento del Nuevo Mundo. El uno con su gran popularidad y el otro por su autoridad magistral, fijaron y casi formaron la opinion. Las academias, las sociedades de sabios, los astrónomos, los naturalistas, y los marinos, sobre todo, no tienen respecto de Colon más ideas que las propias del señor de Humboldt.

(1) Gavotti. *Elogi di Liguri illustri*, tom. I, pág. 257. Génova, 1684.

(2) Sanguinetti, *Vita di Cristoforo Colombo*. Génova, 1846.

(3) «Che Cristoforo seppe qualche volta per suo vantagio mentire.» — *Lettera dell' avvocato Giovanni Battista Belloro*. Savona, 12 Maggio, 1826.

Nosotros mismos habiamos creído lo dicho por él, ántes de proceder al exámen por nosotros mismos. Pero sea cual fuere el aprecio que formamos de sus juicios en materia de ciencias físicas, nos vemos obligados á confesarlo, en su Historia de la Geografía del Nuevo Continente, en medio de discusiones tan rápidas como luminosas, y dignas en todo de su autor, los actos y sobre todo los pensamientos de Cristóbal Colon, nos parecen interpretados por un espíritu ajeno, y, permítasenos decirlo, antipático á su naturaleza.

Entre los dos géneros de intuicion de Colon y de Humboldt media un abismo más grande que el Atlántico. Esos dos hombres fueron viajeros en nuestro globo: Colon, por mar; Humboldt, por tierra. Ambos observaron curiosamente la creacion; pero cada uno desde el punto de vista particular de sus creencias y de sus disposiciones morales.

Colon, ferviente discípulo del Verbo, viviendo de una fé firme, se maravilló ante las magnificencias de su Criador. Su contemplacion, matizada de arrobamientos, rebotando poesia, se elevaba como un himno con la melodía de las brisas, llenas de los aromas desconocidos de aquellas regiones nuevas. Humboldt, mientras recibia en la grandiosidad de su talento la múltiple impresion de las armonías terrestres, no abandonó jamas la sangre fria filosófica de la observacion; nunca se deja arrastrar más allá de los límites de lo que tiene á su vista.

Mientras que Colon en sus exploraciones descubria continuamente al Señor, su bienhechor y dueño; Humboldt no llegó jamas sino á encontrar las grandes fuerzas de la naturaleza, las leyes de la naturaleza, la majestad de la naturaleza.

Colon tenia una fé implícita en lo providencial, en la accion divina que se manifestaba en él y por él. Para él eran cosas seguras las comunicaciones de lo invisible con lo terrestre, la influencia de lo inmutable sobre lo amovible y lo accidental. Sus emociones eran proporcionadas á la inmensidad de su empresa, y no le desviaban de su fin: ¡la gloria del Verbo hecho carne! En nombre del Redentor, hallábase gloriosamente atraído á los misterios de lo desconocido y de lo infinito. Humboldt, al contrario, no debiendo ya descubrir nada en la tierra, pues que la forma y la extension de este planeta estaban ya exactamente determinadas, no podia aspirar sino á verificar ciertas explicaciones meteorológicas, enriquecer la flora universal, aumentar colecciones minerales, descubrir quizás los indicios de alguna ley general del globo, y describir el conjunto de su fisonomía cósmica.

El ilustre Humboldt hubiera querido ser Colon, si no hubiese sido Humboldt. A veces parece que encuentra en él un rival póstumo, que le ha precedido en las regiones equinociales, y cuya penetracion ha adivinado varios de los grandes principios de la naturaleza. Más de una vez ha envidiado sus impresiones sublimes, y se ha comparado secretamente con él en varias circunstancias. Se ha ocupado formalmente de sus acciones, de su vida íntima y de sus escritos. A pesar de esta

simpatía particular, no pudiendo comprender Humboldt el principio inmortal de una fé semejante, la sublimidad de semejante fin, ha desconocido las principales fases de la vida de Colon; no pudo abarcar su grandeza, no la comprendió, cuando ha cedido á algun movimiento de admiracion hacia su genio, ó á la ternura de su corazon, diríase que teme dejarse dominar por esa noble figura, y busca sistemáticamente cómo rebajarla. Sin apropiarse la animosidad de Navarrete, acoge, dispensándose de toda comprobacion, las apasionadas afirmaciones de éste respecto á su dureza, su codicia, su disimulo, por lo mismo que desde un principio admitió la acusacion contra su castidad.

En esto hasta excede Humboldt á Navarrete. Se rie de la supuesta caída del grande hombre. Esta flaqueza le parece un *hecho curioso* que «Navarrete descubrió con mucha sagacidad, por la concordancia de las fechas,» admite que no fué tanto la persuasion de sus amigos y su predileccion por España, «que impidieron á Cristóbal Colon volver á Lisboa, y aceptar los nuevos ofrecimientos del rey de Portugal, contenidos en una carta del 20 de marzo de 1488, como los amores y la preñez avanzada de una hermosa dama de Córdoba, doña Beatriz Enríquez, madre de don Fernando Colon, hijo natural del Almirante, nacido el día 15 de agosto de 1488 (1).» Esta es la conclusion de Humboldt. Compromete imprudentemente su nombre, por el dicho ajeno, sin haber practicado un exámen por sí mismo.

Aquí aseguramos nosotros que Humboldt no leyó ninguno de estos datos; pasó por lo que dijo Navarrete, quien se refirió á Spotorno, como éste se habia referido á Napione, el cual no apoyaba su aserto en otro dato que en el embrollo de un procurador que perdía su pleito! Sin embargo, tan generalmente admitida está dicha acusacion, que pasa como un hecho corriente. Lo han repetido uno tras otro más de ochenta escritores de diversas calidades. Esta calumnia, que cuenta hoy cincuenta y cuatro años, pasa tan sólidamente acreditada, que ha logrado la importancia de documento histórico, apoyada en datos aparentemente ciertos y nombres respetables; y aún quizas no se hallaria un solo escritor, de primera ó de segunda categoría, que, al tratar de este asunto, se atreviera á incurrir en la responsabilidad de no repetir este error por la octogésima primera vez.

Nosotros, sin embargo, Dios mediante, vamos á acabar con él.

Protestamos formalmente contra esta calumniosa afirmacion. Negamos el hecho de union ilícita. Negamos los pormenores relativos á ella. Afirmamos que doña Beatriz Enríquez, de Córdoba, era en presencia de la Iglesia la esposa de Cristóbal Colon, genoves. Desmentimos su pobreza. Desmentimos su estado llano. Desmentimos su estado de preñez, en la época del mensaje del rey de Portugal. Desmentimos

(1) Humboldt, *Examen critique de l'histoire de la géographie, etc.*, tom. I, pág. 104.

la supuesta pasión de Colon á Beatriz, única que le habia detenido en España, en oposicion á otros intereses.

Ahora mismo vamos á probar todo cuanto dejamos sentado aqui.

§ V.

Mientras vivió Colon, jamas fué sospechosa la naturaleza de sus relaciones con Beatriz Enríquez, ni se puso en tela de juicio la legitimidad de su segundo hijo. Á sus enemigos no se les ocurrió la idea de semejante acusacion, y despues de su muerte, no se sorprende en parte alguna ninguna huella de la misma. Tal noticia no se ve en ningun autor contemporáneo, ni se ha incluido jamas en ninguna historia española, y correspondia á España, mejor que á Italia, el conocer ó saber la situacion civil de Cristóbal Colon. Tampoco en Italia, durante más de trescientos años, se halla semejante imputacion. No sólo no acusan los historiadores á Colon de union ilícita, sino que hablan formalmente de su matrimonio; y los más graves de ellos, especialmente Tiraboschi, dicen que se habia casado en segundas nupcias con Beatriz Enríquez (1).

Ningun impedimento se oponia á su union. La que el señor de Humboldt se complace en llamar «una hermosa dama de Córdoba (2)» era soltera y libre de todo compromiso (3). La gran pobreza y el estado llano que á Beatriz Enríquez atribuye Spotorno, como causa de obstáculos al legítimo matrimonio, son dos errores manifiestos.

La falta de fortuna no habria detenido á Colon. En aquella época, ¿qué era el mismo para España? Un geógrafo extranjero, sin apoyo, viudo con un hijo, un copista de libros y dibujante de mapas que trabajaba para ganarse la vida. En su primer matrimonio, en Portugal, si habia encontrado belleza, cuna y virtud, por cierto que no habia recojido riquezas. El padre Spotorno infiere del testamento de Colon la prueba de que Beatriz era muy pobre, porque recomienda á su heredero que le pague una pension. Esta prueba, intrínsecamente, no tiene ningun valor. Al contrario, nosotros hallamos la denegacion de la pobreza de Beatriz en una circunstancia relativa á la ejecucion de dicha disposicion testamentaria. Durante

(1) «Presse a seconda moglie Beatrice Enriquez da cui naquegli Ferdinando lo Scrittore della sua vita.» — Tiraboschi, *Storia della letteratura italiana*, t. VI, lib. I, cap. vi, § 12.

(2) A. Humboldt, *Examen critique de l'histoire de la géographie du Nouveau Continent*, tom. II, pág. 332.

(3) «Doncella noble.» — Diego Ortiz de Zúñiga, *Anales Eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla, etc.* Lib. XIV, fól 496.